

Privacidad no privada.

Rodrigo González Godínez.

Con la creciente crisis cultural y de lectores que ha cruzado el país, en los últimos años las campañas a favor de la lectura han ido aumentando. Platicando con unos amigos recordábamos el famoso lema “no importa lo que leas, pero lee”, cosa bastante curiosa dado que el narcisismo y la prepotencia circunda en muchas ocasiones sobre los lectores, menospreciando a ciertos autores o tachando de falsa lectura a otros. Concordamos que de cierto modo sí importa lo que se lee dado que esto dará forma a interpretaciones del mundo. Las campañas una y otra vez quedaban en el olvido, y el problema sigue ahí: los individuos no gustan de la lectura. Las razones vienen dadas en diferentes categorías según la edad, por ejemplo, un adolescente que no guste de la lectura o que no lea puede ser debido a que no se le inculcó/fomentó la lectura desde pequeño. En algunos o en la mayoría de los adultos que encuentran agobiante leer, puede ser por la fatiga de la jornada laboral (es entendible no querer llegar a leer después de un largo día de trabajo), incluso lo del adolescente puede llevarse hasta la edad adulta. Otra cuestión que apuntala a ambos sujetos es la llamada terapia de lectura para conciliar el sueño: sucede que en ocasiones cuando un sujeto no puede dormir, hay un “alguien” que recomienda la lectura para relajarse y poder dormir, esto hace que, en la habitualidad de hacerlo, la impresión de tener letras frente a la vista por cierto tiempo resulte adormilante.

El problema de la lectura ya no se trata solamente de acuñar cierto nivel cultural o léxico con ésta, sino que precisamente por la falta de lectura es que ni siquiera un sujeto pueda leer cabalmente los acuerdos de privacidad a los que accede al momento de hacer cualquier cosa con un aparato electrónico, llámese instalar una nueva aplicación, guardar sus números telefónicos en un celular, abrir una cuenta para cierta página o red social (en estos días es el 90% de sitios o aplicaciones que no te permiten hacer uso total sin un registro de datos/creación de cuenta). Imaginemos, un sujeto que no lee un acuerdo de privacidad al crear una cuenta de correo electrónico por la simple razón de: “quién va a querer saber algo de mí o como quiera no subo nada”, ahora multiplique por la cantidad de aplicaciones que le piden el registro de un correo para acceder, es por ley que antes de dar clic en aceptar y poder registrar su correo deben tener para usted un enlace que lo lleve a los acuerdos de privacidad y este debe tener una opción para aceptar o declinar dichos acuerdos.

Ahora, la mayoría de las aplicaciones requieren un registro, ¿cuántas aplicaciones tiene y cuántas usa? Todas tienen acuerdos de privacidad diferentes y si seguimos con lo mencionado líneas arriba (falta de lectura), ya le concediste

permiso a quién sabe quién de saber todo de ti, incluso de vender o “prestar” tus datos a una empresa tercera o al gobierno. Todo está enlazado (toda la red está interconectada). Digamos que no le pasa nada de esto, ha leído todos tus acuerdos de privacidad y no ha aceptado los que no le agradaron (aquellos a los que se negó, le negarán también el uso). Está a salvo, no vendieron tus datos.

No obstante, tal como siguió la plática con algunos amigos, llegados a este punto debemos dar un nombre de un sujeto que hace unos años dio revuelta al mundo con ciertos documentos que sacó a la luz, no obstante, parece que todo sigue igual, el nombre de la persona es Edward Snowden. Los que tienen el gusto por la lectura ya sabrán de él, para los que no, él tiene la clave para el por qué debemos leer los acuerdos de privacidad. Si algo nos enseñó es que, aunque creas que a nadie le importan tus asuntos en las redes sociales o simplemente en tus e-mails, esto es erróneo. La era en la que estamos es la era de la información, eso es lo que vale (incluso en el ambiente educativo, parece que en ciertos niveles solo importa que sepas un montón de cosas), su información vale para alguien y ese alguien no es amistoso.

Con todo lo mencionado anteriormente podemos hacer el siguiente ejercicio que aplica a cada aparato tecnológico que usamos y que aquí nos abocaremos solamente a uno, llámese celular. Surgen así dos escenarios 1) Tiene un nuevo celular, requiere un correo (y obviamente tu número telefónico para activarlo), felicidades, ya dio el primer paso, ahora el propio entorno del celular le facilita la descarga de ciertas aplicaciones, accedes a los acuerdos para poder usarla, ahora cierta aplicación está de moda y la va a “necesitar” para comunicarse con amigos y familia. Escenario 2) Conscientemente hace los mínimos requerimientos y pasos para activar su celular, instala las aplicaciones “necesarias” para estar comunicado. Entonces, ¿Cómo se relacionan ambos escenarios? En este simple hecho: su privacidad ya no es privada, una vez que su dispositivo tecnológico entra en contacto con internet o en la nube, requiere a alguien (o algo) que gestione (administre y haga) los procesos de información que subyacen al acceso de aplicaciones desde el aparato que usa, pasando por el proveedor de servicio de internet hasta las bases de datos de la aplicación que quiere acceder, y esto lo hace una y otra vez, obviamente nada de esto lo hacemos nosotros.

Reflexionemos un poco, desde lo de Snowden los acuerdos de privacidad hacen sentir seguro al lector de que los datos están resguardados (y claro, pueden estarlo), no obstante, el internet, aunque lo paguemos, no nos pertenece, hay oficinas centrales donde toda la información pasa, no vemos, no sabemos quién mantiene seguros esos datos; agreguemos ahora los “malvados hackers”: incontables ataques informáticos se están haciendo a empresas, bancos, instituciones (incluso en este momento); todo lo que tiene acceso a internet, desde

una computadora, smartwatch, tablets, o un celular está en riesgo. No podemos ser tan crédulos, ¿el gobierno no puede hacerlo, no tiene gente capaz de lograr lo anterior?

La literatura de ficción donde te mantiene controlado y saben todo de ti sin que te des cuenta no parece estar tan alejada de la realidad. Pero si solo leemos lo que vemos nos perdemos de mucho, y si pensamos que el autor solo dice lo que está plasmado, entonces perdemos más. Estamos, como dice Snowden, en una vigilancia permanente.